

# Rigoberta entre nosotros

*Indio de sol a sol en el arado,  
de sol a sol en el arado fijo.  
Indio que en el crepúsculo callado  
es un moreno y largo crucifijo.*

Oswaldo Escobar Velado

No pude entrar. El auditorio de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" estaba repleto. Aunque la Cátedra de realidad nacional estaba anunciada para las 5:30 p.m., desde dos, y hasta tres horas antes, el público se había congregado en los alrededores, en espera de la apertura de puertas para agenciarse en lugar propicio.

Entre la multitud, había políticos, estudiantes, obreros, religiosas, sacerdotes, laicos en ministerio, campesinos, algunos indígenas, periodistas nacionales e internacionales.

Durante la tarde había habido otros actos. Ella había visitado la tumba donde yacen los jesuitas aquellos aniquilados en el gran martirio de 1989. Allí había empezado a conocerse parte de la verdad de esta mujer: su opción por los más humildes de su tierra, el sufrimiento que la ha tocado a ella y a su familia, su decisión de implicarse en una actividad internacional a favor de la paz en Guatemala y del respeto a los derechos de los indígenas de ese país y de América Latina.

Cuando cerca de la hora prevista la pequeña mujer apareció en el proscenio del auditorio, una ovación estruendosa saludó su entrada. La acompañaba el padre Ricardo Falla, un jesuita guate-

malteco, antropólogo, que desde hace ya varios años viene desarrollando una labor de acompañamiento social sacerdotal en las "comunidades indígenas en resistencia". El padre Rodolfo Cardenal, Vice Rector de Proyección Social de la UCA, también estaría en la presidencia del acto.

Tras la extinción de los clamores y de los aplausos, dio comienzo la Cátedra, esa institución universitaria que creó Ignacio Ellacuría, el gran rector, y por la que han pasado figuras prominentes de la política nacional e internacional para decir su palabra, y para ser oídas por todos los que tienen la voluntad de colocar la palabra y la razón como vehículo de entendimiento humano.

\* \* \*

Rigoberta Menchú Tum es una indígena quiché —así dejó consignada su identidad en el libro de visitantes de la UCA— cuya experiencia de sufrir, y de alzarse con valor desde el sufrimiento hasta el justo reclamo y la ineludible acción, hacen de ella un símbolo de la denodada lucha de los pobres, de las grandes mayorías marginadas, por hacerse oír y por hacer valer sus derechos en una sociedad cada vez más inhumana y deshuma-

nizante.

Pequeña, morena, gordita; con un cabello negro, liso y denso; con unos ojos achinados y vivaces; con una sonrisa abierta y franca, Rigoberta viste siempre el traje cotidiano de su comunidad indígena. Lo lleva con el gesto digno de quien predica su identidad, no con el desplante epidérmico de quien ostenta un tocado para el folklore turístico de exportación.

Ella no es ninguna *miss* de otro certamen de objetualidad femenina. Es, más bien, una *señora* del dolor y la esperanza. Una especie de virgen dolorosa que ha debido ver crucificados, del modo más horrible, a sus seres entrañablemente amados.

La "pasión" de los Menchú empezó a ser conocida por el libro de Elizabeth Burgos. Así fue como el mundo empezó a saber que uno de los hermanos menores de Rigoberta, Patrocinio, murió en medio de una dantesca tortura montada y mostrada como ejemplo, por el ejército de Guatemala, a varias comunidades indígenas. Se buscaba amedrentarles, anquilosarlas, cortar de un tajo cualquier posibilidad de insurgencia. Entre los horrorizados espectadores estaban el padre y la madre de Rigoberta, inermes ante el tremendo final del muchacho de apenas quince años.

El mundo supo también que el padre de la familia, don Vicente Menchú, murió quemado en el incendio que el ejército escogió como solución final a la toma de la embajada de España de Guatemala, que varios indígenas habían protagonizado en enero de 1980.

Conoció, además, la muerte inanerable de doña Juana Tum, la madre de Rigoberta, que ese mismo año padeció —de cara a los hombres, las bestias, a los árboles y al corazón de las montañas— un calvario capaz de conmover al corazón más indiferente.

El mundo supo que esta indígena, cortadora de café en su infancia, "sirvienta" de adolescencia, fue empujada del dolor a la conciencia, y de la conciencia a la lucha esforzada en favor de sus hermanos — los indígenas, que en Guatemala son mayoría— y de sus derechos conculcados.

Desde esta lucha, para la que tuvo que apren-

der algunas de las lenguas que se hablan en las comunidades indígenas guatemaltecas, y para la que debió entrar al ámbito del castellano y al ámbito del mestizaje —con sus abstrusos problemas el uno, con sus cargantes formalidades el otro— Rigoberta fue vista, aquilatada, su persona y su trabajo, por las mejores fuerzas e instituciones sociales con vocación democrática, y luego propuesta para el Premio Nobel de la Paz, en su edición de 1992, cuando justamente se cumplían 500 años desde el día en que el mundo del indio fue empezado a borrar lentamente del calendario de la vida.

La propuesta levantó en Guatemala una ola de violentos e irónicos ataques a la mujer en ese momento exiliada en México. Se la tildó de ignorante. Se trajo a cuento su condición de "ex-sirvienta", como un estigma de descrédito e infamia. Se le dijo comunista. Se la proclamó subversiva. Los medios de comunicación pertinentes se cebaron en ella, mientras por otro lado crecía una ola de afecto y admiración hacia la sufrida mujer de apenas 33 años.

Cuando el 16 de octubre se conoció que el Premio Nobel de la Paz le había sido conferido, a la exultación gozosa de las mayorías indígenas se contrapuso el desasosiego, la incomodidad, el azoramiento, la sensación de haber quedado con la cola apisonada, por parte de grupos sociales y político-militares adversos al destino de Rigoberta y de los indígenas.

\* \* \*

El Premio Nobel, que se asigna desde 1901 en distintas ramas del saber y del hacer humanos, tal como lo dejara establecido su creador, Alfred Nobel, el investigador científico e industrial sueco, es una distinción que premia, por una parte, los trabajos realizados para beneficio de la humanidad en los campos de la ciencia y la literatura; por otra, los esfuerzos por volver más pacífica y fraterna la vida en las naciones y entre las naciones.

En esta última dirección, el Premio ha sido asignado a figuras como Albert Schweitzer (1952) y Teresa de Calcuta (1979), por su trabajo en causas humanitarias; a Martin Luther King (1964) y



Lech Walesa (1983), por sus actividades en beneficio de los derechos raciales y laborales respectivamente; a instituciones como UNICEF (1965) y Amnistía Internacional (1977) por la promoción y defensa de los derechos humanos.

En 1987, el premio le fue otorgado a Oscar Arias, en ese momento presidente de Costa Rica, por su trabajo en favor de la paz en Centroamérica. En 1992, el premio recae de nuevo en la región; pero esta vez no sólo cohonesto los esfuerzos por la pacificación y la integración de las repúblicas del istmo, sino que reconoce y apoya, como legítima y válida, la lucha de los indígenas por su dignidad y sus derechos.

Al laurear a Rigoberta Menchú Tum, el Premio Nobel no sólo ha buscado validar y resaltar el significado político del caso indígena guatemalteco, sino extender también esta validación hacia todos aquellos esfuerzos que se realizan en diversos países de América Latina y por cuyo medio se busca dar categoría de hombre, y de hombre con dignidad y derechos, al indígena, hasta este momento animalizado, segregado, anulado, aniquilado como elemento de significación social.

Al discernir y conferir en 1992 el premio a una dirigente indígena guatemalteca, la Academia Sueca busca fijar la conciencia internacional en la suerte de los más desposeídos y esquilados del continente latinoamericano, suerte que se ensombreció y no se recuperó ya de pesares, a partir del descubrimiento, la conquista y la colonia de las tierras ubicadas en este lado del Atlántico.

Oyendo a Rigoberta Menchú, uno advierte que su discurso está alejado de toda la pirotecnia académica. Su palabra es serena, sencilla, pero revestida de la profundidad que tiene todo verbo cuando se alza desde la verdad y busca la redención y la justicia.

Cuatro puntos fundamentales destacan en el marco de su palabra: la necesidad de recuperar el primigenio estado de comunión y equilibrio entre el hombre y la naturaleza; la necesidad de utilizar la palabra y la razón como medio para dirimir todo conflicto; la necesidad de construir una sociedad latinoamericana civilista, integrada, abierta, pluralista, democrática, donde los indígenas tengan la participación y obtengan la plenitud que como ciudadanos y humanos les corresponde; la

necesidad de buscar una gestión latinoamericana autónoma y digna, separada cada vez más de la sujeción a metrópolis dominantes.

Con toda probabilidad, estos planteamientos resultan “subversivos” para múltiples regímenes de fuerza expresa o de fuerza embozada. No hay duda: subvierten, desde la raíz de las cosas, el modo cómo la sociedad latinoamericana ha sido concebida y conducida. Subvierten la ideología, los prejuicios y los intereses objetivos de las élites en el poder; pero no cabe duda de que son legítimos.

Tan lo son, que el Premio Nobel ha querido darles carta de ciudadanía en el marco de las naciones. Esta es la razón de la preselección. Razón política, con toda evidencia, pero razón que coherente acciones cuyos propósitos son instaurar, *aquí y desde aquí*, una vida más alta, acorde con la naturaleza y con la razón humanas.

Cuando le fue conferido el premio a Rigoberta, el cuerpo diplomático de Guatemala le ofreció una recepción. El gran ausente fue el mandatario del país —Jorge Serrano Elías—. Por medio de su esposa, el presidente adujo como excusa una “imprevista indisposición de salud”.

Al venir a El Salvador, como parte de su gira para promover la paz y la justicia en los países centroamericanos, Rigoberta debía entrevistarse con el presidente Alfredo Cristiani. El hombre no la recibió. Argumentó “una agenda muy apretada”, ya que en esos días estaban en el país algunos dignatarios centroamericanos —Serrano Elías, entre ellos— para otra de las tantas conferencias y convenciones regionales.

Lamentable excusa. Descortesía imperdonable que no ha pasado inadvertida, sobre todo ahora

cuando, a pesar de haberse agenciado puntos a su favor con motivo de los acuerdos de paz, la imagen del presidente Cristiani, en los tembladerales de los informes de la Comisión *ad hoc* y de la Comisión de la Verdad, está experimentando un fuerte desgaste ante la mirada de observadores atentos.

¡Extraños hombres estos, que se “indisponen” y se “aprietan” ante la presencia de una voz de humildes, mientras en otro momento se disponen y prodigan... cuando habla algún modo del poder! En fin...

No pude entrar al auditorio. Y fui siguiendo su discurso desde la transmisión de YSUCA. Después, capté la entrevista radiofónica de la noche, y terminé de entenderla cuando, al día siguiente, Mauricio Funes la tuvo como invitada en su entrevista matutina del Canal 12.

Cuando vino al país, la joven mujer era Rigoberta. Al partir, viajaba hacia otros suelos la doctora Rigoberta Menchú Tum: la Universidad de El Salvador le había conferido el doctorado *honoris causa*, con el propósito de dignificar y enaltecer en ella lo mejor de la mujer latinoamericana, esa mujer sencilla y anónima —doctorada en los afanes de la vida— cuyas manos ganan y amasan el pan de todos los días. Esa mujer de quien, con el riesgo de quedarse uno corto, podría decirse:

Labrada tu estatura  
va en mármol... de dolor... y de esperanza...  
... de prístina ternura...  
La indómita bravura  
del indio es pedestal donde descansa.

F. A. E.